

CAMARGO RAIN

EL VIAJE DEL MORISCO



AMOR Y AVENTURA

Y LA ÉPOCA ACTUAL

EN EL SIGLO XVII

CAMARGO RAIN
EL VIAJE DEL MORISCO

Primera edición: enero de 2018

Cubierta e ilustración: Camargo Rain

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la ley.

©2013 Camargo Rain

Los libros que forman la capa papirácea de este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas o empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas y casamientos, y, entretanto, la vida interna permanece oscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes...

Pérez Galdós
en el undécimo libro
de los Episodios Nacionales,
El equipaje del rey José.

AÑO PRIMERO

PRELUDIO

Un ciego de nacimiento

Juan de Cádiz

EXPOSICIÓN

In tenebris

El desalojo

Cumpleaños en Ruamenor

Anchos horizontes

La reforma

El desengaño

AÑO SEGUNDO

ENREDO

Vida y muerte en Ruamayor

La peste

Cita en la llanura

El viaje del morisco

En las entrañas de la máquina

APÉNDICES

Los colores del otoño

Mujer negra, perra blanca

AÑO PRIMERO

PRELUDIO

UN CIEGO DE NACIMIENTO
JUAN DE CÁDIZ

UN CIEGO DE NACIMIENTO

Desde allí, el distante extremo del húmedo y solitario callejón del Infierno, avanza una figura que tantea con el bastón los posibles obstáculos. Viene despacio y canturreando, y trae una botella de cerveza en la mano, que de repente empina. Luego gira, da lentamente media vuelta y husmea el aire de los alrededores. La noche está fresca, como corresponde al mes de febrero, pero él no se arredra.

Al fin retoma el camino, que recorre con pausa y como pensando, y cuando llega ante el portal parece quedarse sorprendido, pero luego dirige la vista hacia donde estoy, sonrío y dice,

–Hola, Paul.

–Hola.

–¿Cuándo has llegado?

–Esta tarde.

–Vaya, pues me alegro. Cenaremos algo serio esta noche.

Abre el portón y ascendemos hasta el primer piso por la rechinante escalera, y en el rellano, con todo énfasis pronuncia,

–Ya estoy aquí. ¡Ábrete, sésamo! –y obedeciendo a sus palabras se escucha un clic misterioso y una de las puertas se entreabre dejando escapar un ligero chasquido.

Entramos y se despoja de la antigua gabardina que raramente usa...

–Sí, ya no llueve como antes...

... y en la habitación contigua, alguien, con un peculiar acento, pregunta,

–¿Qué tal el concierto?

–Bien, Víctor, como todas las noches. Ha venido Paul.

–Buenas noches, señor Paul. Hace días que no le veíamos.

–Buenas noches, Víctor. ¿Qué tal va todo por aquí? –y la voz tarda en contestar, aunque al fin responde,

–Bien, sin novedad. ¿Ha disfrutado del viaje?

–Mucho; lo he pasado muy bien.

–Bueno –dice Alfonso tras acomodarse en su sillón–, ¿quieres una cerveza? Trae alguna de la nevera.

En esta casa no hay televisión, pues aún no se ha inventado el cine para ciegos...

–¿Cómo que no? ¿Y la música?

... y tengo que convenir en ello, pero iba a decir que aquí no se percibe el cotidiano runrún de bares y viviendas, el de la pantalla mágica, aunque Víctor, seguramente, no lo permitiría.

Alfonso ha vuelto de su cotidiano quehacer, el concierto que, para solaz de la clientela, casi todos los días ensaya en el piano que hay en el altillo de un concurrido bar.

–Toca a Beethoven, hombre...

–¡Pobres...! No lo entenderían.

Luego chocamos las botellas.

–¡Salud!

–Eso. Salud.

Hay una pausa, y al fin él dice,

–Bueno, ¿y qué asuntos te han llevado esta vez por esos mundos?

–Una quimera..., tonterías de los que mandan. Cosa fácil, unos días de observación y una cámara de fotos. Eso ha sido todo.

Alfonso lo piensa.

–Bien, bien... Te pagan como siempre...

–Por supuesto.

Hay una nueva pausa.

–Convendría hacer la cena. ¿Qué dices? –y yo coincido en ello.

–Cuando uno está de viaje echa en falta a la familia... Eso de estar metido en un hotel esperando a que oscurezca... Aquí me encuentro como en casa, en esta puebla, y en

esta casa, siempre lo digo..., así que déjame respirar; vamos a acabar las cervezas.

Durante un rato fumamos y bebemos.

—¿Qué ha sucedido por ahí fuera? Algo te habrá llegado durante el viaje.

—Nada, un aburrimiento. La cursilería de este planeta no tiene límites. Sólo nosotros conservamos las esencias, aunque imagino que habrá mucha gente en la misma situación.

—Sí. En las épocas difíciles las personas se ocultan en boardillas y tabucos, y allí, lejos de la mirada de sus contemporáneos, llevan a cabo sus manejos sin que nadie lo advierta. ¿Qué crees que hicieron nuestros antecesores? Suficientes ejemplos hay en la historia, aunque nosotros somos unos privilegiados pues disponemos de todo lo necesario. Patatas, huevos, pan, aceite, cebolla..., aparte del piano y la guitarra. ¿Qué más podríamos pedir...? Bueno, ya sé...: ideas nuevas, sobre todo en lo referente a la música y la cena. ¿Qué se te ocurre?

—Pues poca cosa, porque la tortilla española, es decir, la tortilla de patatas, vuestra tortilla de patatas, no admite mejoras; lo dicen todos los tratados gastronómicos.

En seguida nos levantamos y vamos a la cocina, en donde Alfonso se sienta en donde suele, su rincón.

—Saca otras cervezas, que tenemos que invocar a la madre inspiración.

Así lo hago, y luego me las entiendo con el cuchillo, las patatas, la sartén, el fuego...

—Se me han ocurrido algunas cosas...

—A ti siempre se te ocurren cosas.

—Sí, y que no falten. ¿Quieres oírlo...? Bueno, en seguida vamos; sigue con eso.

Tortilla de patata... Eso sí que no tiene parangón con nada de lo conocido, aunque en esta casa suele haber aperitivos.

—De momento pon unos vasitos de gazpacho. Hay una botella en la nevera.

–¿Qué has comido?

–Puré de calabacín con higos pasos.

El aceite de la sartén crepita en el justo tono, y mientras atiendo a mis manejos digo,

–¡Qué silencio...! No veo por aquí a Wanda. ¿No me dirás que...? –y Alfonso, sentado en el sillón de mimbre que se apoya en el quicio de la viejísima puerta de madera repintada mil veces, sin mirar a nadie sonrío desde detrás de sus ojos grises.

–No; están de vacaciones. Rebeca se fue hace dos días aprovechando que ahora tenéis menos trabajo, o eso dijo, aunque me dejó la nevera llena... ¿Cómo va eso?

–Bien, es el momento de estirar los dedos.

Vamos al salón, y mientras desembaulo la guitarra él hace sonar unos acordes disonantes.

–¿Qué te parece esto...? –y al tiempo de subir por una escala remendada con tresillos, repite–. ¿Qué te parece...? Había pensado que a lo mejor lográbamos sacarle punta.

Alfonso, aparte de ciego, pianista y bienhumorado, es compositor, y siempre toca cosas rarísimas, cosas suyas. En el bar no lo hace.

–Bueno, lo hago a veces, pero ya noto que el personal no está interesado. Les gustan más los boleros... Claro, que esas canciones tampoco están mal. Te puedes divertir haciendo cosas raras con piezas que todo el mundo conoce. Yo creo que lo agradecen... –y Alfonso ensaya un soniquete que finaliza en *pianísimo*.

–¡Fíjate!, *las hojas muertas*, las hojas del otoño que son llevadas por el viento. Esas hojas *amarillas*, que decís vosotros...

Sin embargo, lo más raro no es cómo toca, sino cómo cocina. ¿Puede cocinar un ciego? Ya lo creo. Por el oído y el olfato. Y además puede hacerlo a oscuras, que no es cosa que sepa hacer todo el mundo.

Tiene una sartén pequeñísima, y sobre muy poco aceite echa un huevo y deja que se fría. No usa espumadera ni cu-

chara de palo, puesto que no las ve, pero mueve la sartén por el mango, cocina de oído. Lógico, por otra parte, puesto que es músico, y además, luego, se lo come en la misma sartén.

También usa una freidora para las patatas. Sabe de sobra cuando están hechas, y entonces levanta la cesta y deja que escurran.

–Esto de las patatas podría hacerlo asimismo en sartén, por el tacto. Con una espumadera notas cómo están de hechas, basta con tocarlas muy levemente, pero semejante operación la dejo para los días de fiesta, pues en general utilizo la freidora.

–¿Y si un día te tiras el aceite encima?

–Pues no sucede nada. Me quito el delantal, que estará pringosísimo, lo dejo en el fregadero y salgo de la cocina. Una vez me aconteció algo por el estilo, y descubrí que para lo que sigue son preferibles los videntes. ¡No veas la que armé...! Dejé la casa entera llena de grasa. Menos mal que tengo buenos amigos.

Alfonso se refiere a *la negra*, la negra Rebeca, una señora de alrededor de 50 años que vive en el piso de al lado y trabaja como correctora, aunque su verdadero cargo es el de editora, en un organismo importante de la puebla, la *fundación*, la misma para la que yo lo hago.

Ella, una vez, me dijo, te voy a presentar a alguien que te va a interesar, y me llevó a casa del ciego, porque yo soy guitarrista, estuve veinte años en un conservatorio de Inglaterra robándole tiempo a las noches, y aunque luego la vida me llevó por otros senderos, nunca he olvidado las enseñanzas de aquella época de juventud, sino que, antes bien, las he ampliado. La negra me había visto tocar en una reunión de empresa, cuando el jefe insistió en que diera un pequeño concierto para los jefes supremos, que iban a estar una tarde con nosotros; yo intenté salirme por la tangente, pero él insistió y me pareció que era mejor tenerle de mi parte. El concierto, además, resultó lucido. Antes del

ágape toqué música española, *Granada, Sevilla, Rumores de la caleta...*, ya saben ustedes, y todos aplaudieron educadamente, y cuando, alrededor de unas botellas de vino añejo, estábamos cenando con aquellos señores en el mejor restaurante de la puebla, Rebeca me dijo muy sonriente, no conocía yo estas habilidades tuyas, a mí me gusta mucho cantar..., *blues*, sobre todo..., ¿sabes algo de eso?, y yo respondí, sí, algo sé, y si no, se aprende.

Ella le deja a veces la perra al ciego, y los dos se quedan encantados; son dos seres solitarios y tolerantes. El ciego la ha enseñado a cantar entonada con el piano. Él aúlla mientras aporrea el teclado, y la perra le imita y coge el tono. Yo sé que está sentada ante él y le contempla atentamente, lo he visto varias veces, no le quita ojo, y eso que dicen que los perros no ven, y atendiendo a un cierto ademán emite un gemido que para sí hubiera querido algún guionista del antiguo Hollywood.

—¡Uauuuu... iiiii...

Alubias también puede hacer. Es cuestión de ponerlas en una cazuela con los aditamentos y darle candela durante dos horas. Por el olfato sabe cuándo están hechas.

—Y si no, las pruebo con una c chara. Esto de cocinar es sota, cab llo y rey, y si la gente no lo hace no es por que no sepan, sino porque son más v gos que la chaqueta de un guardia y prefieren que se lo den hecho, y si es a la b ca, mejor. Si un ciego ham riento puede hacerlo...

—Hambriento y puntilloso.

—En efecto, hambriento y meticoloso, pues esto de la comida no es cosa de br ma. ¿Qué tal va ese asunto?

Sí, la sartén crepitaba como debía, y antes de subir el fuego me entretuve en sacar los ajos y los pimientos y colocarlos en un plato. Aquello prosperaba como se suponía que debía hacerlo, y había llegado el momento de cascar los huevos.

—¿Tienes hambre? ¿La hacemos de cuatro o de cinco?

—¿Hambre...? Sí, ¡echa, echa...!, que eso huele muy bien.

–Víctor, por favor, pon en marcha el ventilador.

... y todo esto sucedía mientras Alfonso, con la botella de cerveza en la mano y bajo la bombilla desnuda, bailoteaba en el centro de la habitación, canturreaba un estribillo y se movía a compás. Él lo hace bien, la música y el baile, eso de mover el esqueleto, son cosas que se llevan en la sangre, y podía incluso estirar los brazos pues, espacialmente, por el oído, sabe dónde está. El sonido de los pasos (el ruido de los zapatos y los ecos que despiertan) le indica a qué distancia se encuentra de las paredes.

–¿Qué música es esta, Víctor? –preguntó el ciego, que no veía forma de despegarse de la cadencia y movía los pies como un bailarín.

–Es el Oratorio de Navidad, la cantata segunda. ¿Quiéren ustedes que busque algo especial?

–No, déjalo, está bien así; es buena música para cenar.

Alfonso volvía de tocar en el bar donde lo hace, volvía aquella noche por la callejuela estrecha y húmeda, la calleja del Infierno, al lugar en donde está su casa, Ruamenor, y yo soy inglés, aunque hablo español normalmente, con un acento casi inadvertible, lo que quizá se deba a que mi madre es española, de la provincia de Ávila, y mientras fui pequeño me habló en su musical idioma. Durante algunos años fui policía en mi país, pero lo dejé porque no me gustan las componendas, y con ayuda de la familia comencé a trabajar como jefecillo de seguridad en una *fundación* española, y como soy soltero, no me va mal. Aquí aprecian mucho a las personas capaces de hablar dos idiomas, y no digamos a las que además saben tocar ese instrumento tan español que es la guitarra, que fue precisamente lo que hizo que Alfonso y yo nos conociéramos.

–¿Estamos?

–Naturalmente que estamos. Vamos al salón. Cenaremos mejor cerca del piano.

Tortilla de patata con pimientos verdes... ¿Hay algo mejor que eso?

–Y a propósito, ¿cómo la parto?

–Pues por la mitad, que sólo somos dos.

Así lo hice, y Alfonso dijo,

–Esto exige vino. Mira a ver qué hay por ahí –y volví con una botella recién abierta.

–Vino joven, y veo que te queda bastante.

–Sí, espero que dure hasta que llegue la primavera. Después, ya conseguiremos más.

Comimos en silencio y masticando con pausa.

–Vale la pena vivir para saborear estas cosas. En los libros de cocina se dice que la tortilla española es insuperable, y yo estoy de acuerdo con ello. Allá en Londres, mi madre la hacía todas las noches. Nunca se me olvidará cómo cortaba las patatas, que es un arte.

–Ya, ya... –dijo Alfonso en pleno éxtasis–. En muchos bares de esta *puebla* tendrías sitio.

Alrededor de nosotros todo es silencio. La Ruamenor no es una calle transitada, sino al contrario. El bullicio está más abajo, en la Plaza Vieja y las calles que la rodean, y alguna noche nos damos una vuelta por ellas, pues aún somos jóvenes. Yo he sobrepasado la treintena, aunque por poco, y Alfonso va a cumplir cuarenta.

–La mejor edad...

–¿Decías?

–No, nada. Estaba pensando. ¿Quieres algo de postre?

–Sí, trae unos yogures. En la nevera debe de haber mermelada de tomate; mira a ver.

Al fin, con los puros recién cortados y los vasos llenos, nos ponemos a nuestra encubierta labor.

–Vamos allá. ¿Recuerdas la historia que nos contó Rebeca del libro que ha editado? *Los colores del otoño...*, o también, *las hojas muertas...* Me gustó mucho el cuento del moro que huye de su tierra en pos de una chica y regresa a ella porque no puede olvidarse de sus hijos. ¿Qué te pareció a ti?